

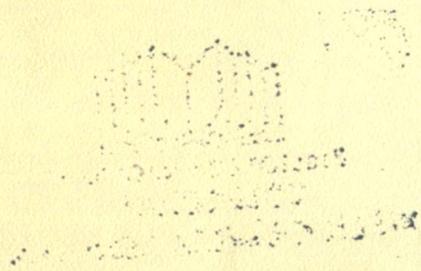
LA CASA NATAL
DEL LIBERTADOR



987.04

L471

E.2



987.04
L471
e12

LA CASA NATAL DEL LIBERTADOR

VICENTE LECUNA
" "
(1870-1954)



BIBLIOTECA NACIONAL
CARACAS - VENEZUELA

Uz. 79-0114

BIBLIOTECA NACIONAL

Depósito Legal

D. L. 79.4.007

VENEZUELA

Caracas conserva, como una de sus joyas arquitectónicas e históricas, la casa situada entre las esquinas de San Jacinto y Traposos, frente al lugar donde estuvo el Convento de San Jacinto, luego el mercado principal de la ciudad y en estos tiempos una plaza pública provisional. En esa casa nació, el 24 de julio de 1783, Simón Bolívar el Libertador.

Un grupo de ilustres venezolanos logró, en 1912, culminar gestiones para que el inmueble fuese del patrimonio de la República y luego restaurado. El día 5 de julio de 1921 en una solemne ceremonia, quedó abierto al público. El interés que despierta esta casa lo demuestra el número de sus visitantes, que en el año de 1976 según los registros respectivos, llegaron a 528.289 personas, entre estudiantes, personal de Instituciones Militares, alumnos del Instituto Nacional de Cooperación Educativa (INCE), turistas y público en general.

El Dr. Vicente Lecuna (1870-1954) factor principal durante el rescate y restauración de esta casa, se interesó en analizar su proceso evolutivo y publicó un minucioso estudio con la "Historia" de la misma.

En esa "Historia de la Casa Natal del Libertador" podemos leer que los mejores talentos que, para esos tiempos tenía el país, trabajaron intensamente para convertir la casa en un santuario de veneración permanente al Libertador.

Allí encontramos que, en el discurso pronunciado en el acto de reapertura de la casa, el Pbro. Carlos Borges, como sólo él podía hacerlo, se convirtió en guía permanente de los visitantes del inmueble, al invitarlos a sorprender respetuosamente, en un cuidadoso y delicado paseo, la intimidad de la familia Bolívar Palacios.

Allí nos enteramos de que Tito Salas, con sus pinceles y sus colores, pudo dejar, entre luces y figuras, una hermosísima relación gráfica de la vida de Simón Bolívar.

El Banco de Venezuela, la Sociedad Financiera de Venezuela, (SAICA) el Banco Hipotecario de Aragua, C.A., Seguros Banvenez, S.A., la Arrendadora Fivenez, S.A., y la Funda-

ción Vicente Lecuna, consideraron útil e importante patrocinar la presente reedición de la "Historia de la Casa Natal del Libertador", del Dr. Vicente Lecuna, acompañada del mencionado discurso del padre Borges y de reproducciones de varias de las pinturas de Tito Salas. Está principalmente destinada a ser repartida, gratuitamente, entre los profesores, maestros y alumnos de los liceos y escuelas venezolanas.

Simón Bolívar vivió en la casa de San Jacinto sus años de niño y sus primeros tiempos de joven rebelde. En ella aprendió a leer en los libros de la inagotable biblioteca de su abuelo Palacios. En ella recibió las enseñanzas de sus primeros maestros. Ojalá el contacto con esa casa permita, a los alumnos de hoy, imitar al Libertador en la actitud para asimilar, como él, lo que los buenos libros y los buenos maestros supieron hacerle conocer; ojalá también los maestros de esta época, (los ciudadanos máspreciados de la comunidad, como los calificó Bolívar en Angostura) mediten, recordando a los maestros del Libertador, sobre la importancia que tiene su labor con los alumnos que la Patria les ha confiado.

ORIGEN DE LA CASA

El edificio se encuentra en una manzana inmediata a la Plaza Mayor, centro de la ciudad durante casi toda su historia, y queda a unos doscientos metros de aquella última. Perteneció a la familia de Bolívar desde mediados del siglo XVII. En esa época, según descripción de Oviedo y Baños, las calles se consideraban "anchas, largas y derechas, con salida y correspondencia en igual proporción a todas partes, y como están pendientes y empedradas, ni mantienen polvo, ni consienten lodos; sus edificios los más son bajos por recelo de los temblores, algunos de ladrillos, y lo común de tapias, pero bien dispuestos y repartidos en su fábrica" (1). El temor a los temblores debíase al terremoto sufrido por la ciudad en la mañana del 11 de junio de 1641.

Enfrente de la casa de los Bolívar se hallaba el Convento de San Jacinto, siempre lleno de frailes, célebre por sus oradores. En la misma calle, al Norte, construyó Diego de Losada su casa de asiento en la ciudad, y en su continuación hacia el Sur fabricó don Diego de Baños y Sotomayor, en 1696, la Iglesia de Santa Rosalía.

LOS MARIN DE NARVAEZ

Esta casa, donde nació el Libertador, perteneció a Josefa Marín de Narváez, casada con Pedro de Ponte Andrade Jaspe de Montenegro.

Josefa, nacida en 1668, era hija de Francisco Marín de Narváez, natural de Cojar en el Reino de Granada, dueño de propiedades agrícolas y pecuarias importantes, y de las célebres minas de cobre de Aroa, situadas en la Costa Norte de Venezuela, compradas el 21 de agosto de 1663, al Rey Felipe IV, en 40.000 pesos. De estos 40.000 pesos entregó el comprador 30.000 en

(1) — Historia de la Conquista y Población de la Provincia de Venezuela, pág. 421. Edición de Caracas, 1824.

Madrid y 10.000 en Caracas. Luego, por muerte de Francisco Marín de Narváez, su hija y heredera universal Josefa Marín de Narváez, quedó a cargo de su tía y tutora doña María Marín de Narváez, señora rica, fundadora del hospital de caridad de mujeres. La tutela recayó más tarde en el proveedor don Pedro Jaspe de Montenegro.

Este, Alguacil Mayor del Santo Oficio y ex-Alcalde Ordinario de Caracas, fue quien labró y dotó la Capilla de la Santísima Trinidad de la Catedral de Caracas, donde descansan en paz los deudos del Libertador, sus padres y su esposa, embellecida al presente con las estatuas yacentes de estos últimos, obra del escultor Victorio Macho.

Doña Josefa casó en 1681 a los trece años de edad, con don Pedro de Ponte Andrade Jaspe de Montenegro, sobrino del proveedor. Don Pedro de Ponte tuvo seis hijos, entre varones y hembras, de su mujer, fecunda en su breve vida; una de las hijas, María Petronila, casó con don Juan de Bolívar y Villegas, viudo de Francisca Aguirre.

LOS PRIMEROS BOLIVAR EN VENEZUELA

El primer Bolívar que vino a Venezuela, nombrado generalmente Simón de Bolívar el Viejo, nació en Marquina, en el señorío de Vizcaya, en 1532. Sirvió en el Foro y en la milicia. En el año de 1589 llegó a Caracas don Diego de Osorio, nombrado Gobernador y Capitán General de Venezuela. Era hombre de saber y hábil gobernante. Trajo de Secretario al mencionado Simón de Bolívar, fuerte y activo, tipo característico de la nobleza vasca. En 1589 el Ayuntamiento, de acuerdo con el Gobernador Osorio, lo designó para desempeñar una misión política ante el Rey Felipe II. Su comisión fue desempeñada con habilidad y buen éxito. Obtuvo ventajas para la Colonia.

Su hijo Simón de Bolívar el Mozo nació en Santo Domingo,

fue Contador de Real Hacienda. El Gobernador Osorio le concedió la dirección de la Encomienda de los Indios Quiriquires en San Mateo.

Lo heredó su hijo Antonio de Bolívar y Rojas; desde muy joven se dedicó a la carrera militar; prestó servicios útiles. Fue Corregidor y Justicia Mayor de los Valles de Aragua, donde poseía la finca agrícola de San Mateo.

Luis de Bolívar, su hijo, nacido en Caracas en 1627, heredó sus bienes e influencia política. Fue Alcalde Ordinario, de Caracas y en los Valles de Aragua, Corregidor y Justicia Mayor, Tomó parte varias veces en la defensa del puerto de La Guaira. Murió en 1702.

Su heredero don Juan de Bolívar y Villegas tuvo gran influencia en la política y en el desarrollo de la Colonia. Nació hacia 1665, prestó servicios militares importantes contra piratas y enemigos políticos de España. Era buen administrador y llegó a poseer una fortuna importante. En 1710 fue Alcalde Ordinario de Caracas y más tarde Teniente General de Gobernador, cargo que desempeñó brillantemente durante algún tiempo. En 1717 fundó la Villa de San Luis de Cura, cuyo señorío le concedió el Rey por dos vidas. En 1728 adquirió de los Monjes de Monserrat el derecho al Título de Marqués que no llegaron a usar ni él ni sus descendientes. Todos los personajes nombrados casaron con damas de la primera nobleza de Caracas como fueron las Rojas, Hernández de Castro, Rebolledo, Martínez de Villegas.

Estas familias tuvieron su casa solariega en las manzanas inmediatas a la Plaza Mayor, o sea la plaza de la Catedral de Caracas.

LOS BOLIVAR EN LA CASA NATAL

La Casa Natal de Bolívar, propiedad de don Pedro de Ponte Andrade Jaspe de Montenegro, por matrimonio de su hija María

Petronila Ponte Andrade Jaspe de Montenegro con don Juan de Bolívar y Villegas, pasó a ser hogar de este magnate y de cuatro generaciones de su linaje.

La finca tiene 22,40 m. de frente y 60,50 m. de fondo. Es plana con el terreno ligeramente más alto en la parte de atrás que en la de adelante.

Como hemos dicho, después del terremoto de Caracas del 11 de junio de 1641 se limitaron los segundos pisos a espacios de escasa altura, por considerar peligrosos los más altos, en caso de fuertes temblores. Los dueños de casas deseosos de segundos pisos los limitaban a una parte de la finca y generalmente los llevaban hasta encima del zaguán, dándole siempre poca altura. Así vimos nosotros con Luis Maloussena dos viejas casas cuando trabajábamos en la reconstrucción de la de Bolívar.

Pero esta forma poco elegante de los edificios fue abandonada en la primera mitad del Siglo XVIII y reemplazada por construcciones y fachadas más hermosas y anchas, como por ejemplo las que fueron del Conde de Tovar en la esquina de Carmelitas y la del Conde de San Javier que le dio nombre a su esquina, una cuadra más abajo. La casa de los Bolívar aunque de construcción menos rica siguió este movimiento bajo la dirección de don Juan Vicente Bolívar y Ponte y adoptó las proporciones más amplias en las fachadas y distribución de las casas en el mencionado siglo. Por este motivo la Casa Natal no tuvo piezas de segundo piso desde la época indicada cuando la refaccionó don Juan Vicente Bolívar y Ponte.

Estas observaciones confirman el concepto formado del análisis minucioso de las partes conservadas de la casa antigua, es decir de la transformación total realizada por don Juan Vicente Bolívar y Ponte del edificio, antes de realizar su matrimonio.

Este personaje, hijo de Juan de Bolívar y Villegas y de su segunda esposa María Petronila Ponte y Marín, nació en 1726 en La Victoria; desde joven entró al servicio militar y fue uno de los defensores de La Guaira en la ardiente pelea de marzo

de 1743 cuando la plaza fue atacada por la escuadra inglesa al mando del comodoro Knowles y rechazada tras violento combate. Después de firmada la paz don Juan Vicente fue electo Procurador General de la Capital. El disponía de una fortuna importante como dueño de la hacienda de San Mateo, el hato del Totumo y varias casas en Caracas y La Guaira, embarcaba frutos para España y recibía en pago artículos industriales consignados a Francisco Carrasco, encargado de su liquidación por don Juan Vicente. Parece que en 1754 se fue a España donde permaneció cinco años. A su regreso obtuvo el título de Teniente de Gobernador, y luego Corregidor de los Valles de Aragua, por el gobernador Ramírez de Estenós. En ese período organizó las milicias de Pardos. En 23 de diciembre de 1765 el eminente Gobernador y Capitán General don José Solano lo nombró contador de Real Hacienda bajo el Tesorero don Manuel de Salas. En 1768 el mismo Gobernante creó tres batallones de milicias regladas y encomendó el batallón de Aragua a don Juan Vicente.

Pero estos cargos y distinciones no satisfacían al patriota venezolano quejoso siempre de las autoridades llegadas de la Península y lo mismo pensaba la mayor parte de los hombres distinguidos de la Colonia, criados en la vida agrícola, sostenida por varias generaciones, independientemente de la influencia oficial. Don Juan Vicente fue uno de los pocos que tuvieron cargos públicos, debido a su amistad personal con los dos gobernadores de grandes méritos morales, Ramírez de Estenós y José Solano.

Estos venezolanos a que nos referimos presidían el sector de la Colonia denominado por nosotros la "sociedad de vida agrícola". Acostumbrada a la libertad, y a la práctica de la virtud, sus miembros no podían soportar la tiranía oficial. A ellos se deben los actos heroicos y la gloria de la independencia, patrimonio de la América Bolivariana. Don Juan Vicente Bolívar, y sus amigos don Martín de Tovar y el Marqués de Mijares, escribieron a Miranda el 24 de febrero de 1782, estimulándolo a venir a libertar el país en la seguridad de que ellos le prestarían

todo su apoyo. Carta preciosa, característica de una época y de una sección importante de nuestra sociedad consagrada a la vida agrícola. Se conserva en el archivo de Miranda.

Don Juan Vicente Bolívar contrajo matrimonio el 1º de diciembre de 1773 con doña María de la Concepción Palacios y Blanco, de 15 años de edad: ella había nacido el 9 de diciembre de 1758. Quedó viuda de 28 años, el 19 de enero de 1786, y murió a los 34 años, el 6 de julio de 1792. Don Juan Vicente tuvo una corta enfermedad y su esposa falleció a consecuencia de una hemorragia o hemotisis tuberculosa, aun cuando poco antes parecía que se iba a restablecer pronto.

Del matrimonio nacieron cuatro hijos: María Antonia en 1777, dos años después Juana, y los dos varones Juan Vicente y Simón en 1781 y 1783 respectivamente.

Don Juan Vicente Bolívar y Ponte tuvo puestos importantes durante el gobierno de dos Capitanes Generales, como hemos dicho, hábiles gobernantes, pero fue víctima de las injurias de otros y de los subalternos. El pertenecía al grupo de colonos distinguidos, denominados generalmente mantuanos, descendientes de los primeros conquistadores y fundadores consagrados a la vida agrícola y generalmente hostilizados por los españoles recién llegados, apoyados en las clases opuestas a la sociedad distinguida.

Su viuda, a pesar de su juventud, tomó la dirección de los negocios en colaboración con su padre don Feliciano Palacios y Sojo, quien a su vez trabajaba ayudado por su yerno Juan Nepomuceno Ribas, más tarde funcionario de la República y víctima de su patriotismo durante la guerra a muerte.

Don Feliciano Palacios y Sojo ayudó eficazmente a su hija doña Concepción Palacios y Blanco a defender la fortuna de la familia de numerosos e injustos reclamos judiciales después de la muerte de su esposo. Los reclamantes tuvieron que retirar sus demandas y la señora de Bolívar quedó triunfante de tantos reclamos por sus distinguidas dotes de administración y trato

social naturales en ella. Se sabe que también tocaba el arpa con gusto y habilidad propios de los Palacios, a cuya familia pertenecía don Pedro Palacios y Sojo, fundador de los estudios de música en vasta escala y tío carnal de la señora Bolívar.

La Casa de Bolívar lindaba por el Poniente con la de don Feliciano Palacios y Sojo, por esto cuando murió doña Concepción los huérfanos se iban a dormir a la casa del abuelo con las tías solteras Josefa, Paula y Rufina. La primera, Josefa, tomó especial cariño por el sobrino Simón y fue su segunda madre, hasta su matrimonio en 1798 con el futuro general José Félix Ribas, en vísperas del viaje de Simón a España.

A mediados de 1792 entró el joven Simón Carreño Rodríguez, conocido generalmente con el nombre de Simón Rodríguez, de amanuense del abuelo don Feliciano Palacios y Sojo (2).

La oficina funcionaba en la sala menor de la Casa Natal de Bolívar. El abuelo al encargar a su hijo Esteban unos libros para Rodríguez califica a éste de excelente oficial "muy de bien y de bastante habilidad para la correspondencia y las cuentas" (3). De esta manera llegó Rodríguez a conocer al niño Simón Bolívar. Don Feliciano menciona al amanuense como hermano de Cayetano Carreño; según decían había adoptado el apellido materno por disgusto con este último.

Esta fecha se puede considerar según los términos de dicha carta como la entrada de Simón Rodríguez al servicio de los Bolívar, es decir cuando el futuro Libertador tenía 9 años. De aquí la gran confianza que tuvo con Rodríguez y el calificarlo de uno de sus maestros de primeras letras.

Los otros maestros de su infancia fueron los siguientes: Carrasco y Fernando Vides, de escritura y aritmética; de historia y religión el Presbítero José Antonio Negrete y de latín Gui-

(2) — El maestro del Libertador, por Fabio Lozano y Lozano. París, pág. 31.

(3) — Carta de Feliciano Palacios y Sojo a su hijo Esteban Palacios. Caracas, 3 de setiembre de 1792. Boletín de la Academia de la Historia N° 119, pág. 219.

lermo Pelgrón, de origen holandés. Más adelante, cuando ya tenía de 13 a 14 años, el padre Andújar, matemático, perteneciente a la Congregación de San Francisco, fundó en la casa de Simón un curso de matemática al cual asistieron Tomás Montilla, Fernando Rodríguez del Toro, Cristóbal Rojas, antepasado del célebre pintor del mismo nombre, y otros. Es seguro que esta clase dada en la casa de *Simón de Bolívar*, como dice el Padre Andújar en su representación al Real Consulado, fue fundada especialmente para Simón, pues en ninguna relación figura su hermano Juan Vicente como asistente a estas clases.

De manera que fallecida la madre de Bolívar los hijos pasaban por lo menos parte del día con las tías y maestros en la Casa Natal y de noche se iban a dormir a la del abuelo.

Don Feliciano hacía ejercicios a caballo; en uno de ellos fue hasta su hacienda en Las Trincheras. Falleció el 5 de diciembre de 1793. A Simón le tocó una de sus haciendas.

En carta de Esteban Palacios, fechada en Madrid el 24 de setiembre de 1794, dirigida a su hermano Carlos, consta el deseo de Simón de irse a Madrid, cuando sólo tenía once años de edad. A Esteban no le parecía bien el viaje en esa época por la excesiva juventud del niño y recomienda tenerlo entretenido y dejar pasar un poco de tiempo (4).

En vista de la insistencia de Simón, Esteban en una carta de 31 de octubre de 1798, contestando otra de Carlos, se expresa de esta manera: "Te he dicho también que estando como estoy situado en Madrid y con gran conocimiento de la Corte, es coyuntura muy favorable para que vengan Juan Vicente y Simón, en donde podrán tomar alguna instrucción buena, y veremos lo que la suerte pueda dar de sí en favor de ellos, teniendo como tienen mucho adelantado por sus grandes facultades" (5).

En esa época, por gestiones de Carlos, Simón fue nombrado alférez y Juan Vicente teniente (6). Simón se embarcó para España en La Guaira, el 19 de enero de 1799 en el navío español San Ildefonso, mandado por don José Uriarte y Borja, quien con gusto se hizo cargo del joven viajero. Después de un viaje feliz y de una estada corta en México, el 30 de mayo desembarcó en Santoña al Norte de España y pocos días después estaba en Madrid. Juan Vicente no quiso abandonar a Caracas.

La familia vendió la casa solariega el 19 de junio de 1806 en la cantidad de siete mil pesos al señor don Juan de la Madriz. Pertenece a los cuatro hermanos: María Antonia, Juana, Juan Vicente y Simón.

LA CASA PASA A DON JUAN DE LA MADRIZ

Desde que don Juan de la Madriz, pariente del Libertador, compró la Casa en 1806, fue habitación de varias generaciones de esta distinguida familia hasta que pasó a ser propiedad de Guzmán Blanco en 1876. Vivió en ella largo tiempo don Juan Bautista Madriz, hijo de don Juan de la Madriz, el cual fue jefe de la aristocracia venezolana durante toda su larga vida. Este caballero dedicado a la agricultura, fundó la famosa hacienda de caña de Coche, al Sur e inmediata a Caracas. En ella diéronse fiestas y recepciones por la familia Madriz y celebróse el tratado de Coche entre Guzmán Blanco en nombre de los federales y Pedro José Rojas, representante de los conservadores, en el cual quedó sellada la paz, el 24 de abril de 1863, después de los cinco años de guerra federal.

Desde que la Casa Natal pasó a manos del General Guzmán Blanco fue alquilada a comerciantes de víveres y dividida en

(4) — Carta de Esteban Palacios para su hermano Carlos, escrita en Madrid el 24 de setiembre de 1794. Boletín de la Academia de la Historia N^o 52, pág. 526.

(5) — Carta de Esteban a Carlos Palacios, de 31 de octubre de 1798. Boletín de la Academia de la Historia N^o 52, pág. 544.

(6) — Carta citada, pág. 545.

dos locales distintos, por una pared a todo lo largo del edificio. Al celebrarse el centenario de Bolívar, el Gobierno se limitó a poner una lápida en la fachada, al lado del portón de entrada, que decía:

SIMÓN BOLÍVAR

nació en esta casa el día 24 de julio de 1783.

Gestiones hechas por nosotros tendientes a destinar la casa a oficios más propios no dieron resultado. En las dos secciones en que quedó dividida se establecieron negocios de víveres muy desaseados: en ellas entraban los arreos de burros a cargar y descargar frutos, con las consecuencias inevitables a esa clase de operaciones.

Lamentando estas circunstancias hablábamos con frecuencia en tiempos de Castro con el doctor Manuel Díaz Rodríguez, el célebre escritor, nuestro condiscípulo y a él le tocó en suerte fundar años después la Sociedad Patriótica para recoger dinero del público con el objeto de comprar la Casa para la Nación. Formaron parte de la Sociedad: Manuel Díaz Rodríguez, Santiago Key Ayala, Eduardo Calcaño Sánchez, Leopoldo Torres Abandero, Esteban Gil Borges, José Santiago Rodríguez, Vicente Lecuna, M. Flores Cabrera, Pedro Emilio Coll, Juan José Mendoza, Presbítero José Vicente Lozano, Angel César Rivas, Oscar Blanco Fombona, Federico Brandt, E. Loynaz Sucre, José Austria, Antonio Ibarra, Adolfo Nones, José Rafael Pérez y Rafael Acevedo.

De los primeros se formó una comisión encargada de recaudar los fondos.

COMPRA DE LA CASA

Adquirido el edificio el 11 de octubre de 1912 de los sucesores del General Guzmán Blanco en la cantidad de Bs. 114.326,60, no se procedió a la reconstrucción sino cuatro años después, según decreto del Ejecutivo Nacional que se inserta a continuación:

DOCTOR V. MÁRQUEZ BUSTILLOS

Presidente Provisional de los Estados Unidos de Venezuela

Considerando:

Que las disposiciones dictadas por el Congreso y por el Ejecutivo Federal, en distintas épocas, respecto a la Casa Natal del Libertador, envuelven el propósito de hacer de dicha mansión un monumento nacional que constituya digno homenaje a la memoria del Padre de la Patria, y que en lo material responda a la significación moral e histórica del edificio; y por cuanto los estudios practicados hasta la fecha permiten proceder a la ejecución de las obras correspondientes,

Decreto:

Artículo 1º—Procédase a reconstruir y embellecer la Casa Natal de Simón Bolívar con la magnificencia digna de un monumento consagrado a la veneración pública como recuerdo del Libertador.

Artículo 2º—De conformidad con lo anteriormente dispuesto por el Ejecutivo Federal, habrá de restituirse al edificio, con la fidelidad histórica posible, la disposición y el estilo que tenía en la época colonial; pero utilizando, para la mayor perfección de las obras, los recursos modernos.

Artículo 3º—En la ejecución de los trabajos aquí ordenados, se observarán las prescripciones generales siguientes:

a) Los techos y demás obras de carpintería se reconstruirán totalmente con las mejores maderas del país convenientemente preparadas.

b) Los pavimentos, zócalos y obras accesorias se construirán de mármol y, para los primeros, se usarán baldosas que imiten los ladrillos de la época.

c) En los patios se conservará la inclinación de los aleros, y se devolverá a las columnas de los corredores su estilo primitivo.

d) Se colocará en la fachada el escudo de armas de la familia Bolívar, esculpido en mármol.

Artículo 4º—Se aprueba el proyecto presentado para estas obras, por el Ingeniero Vicente Lecuna, y se destina para su realización la cantidad de doscientos mil bolívares (Bs. 200.000,00) que se eroga de los fondos generales destinados a construcciones en el Presupuesto de Gastos del Departamento de Obras Públicas. Esta erogación se hará por entregas parciales en el lapso necesario para la ejecución sólida y correcta de los trabajos de acuerdo con el progreso de ellos.

Artículo 5º—La dirección y la administración de los trabajos correrán a cargo del Ingeniero Vicente Lecuna, autor del proyecto.

Artículo 6º—El Ministro de Obras Públicas queda encargado de la ejecución del presente Decreto.

Dado, firmado, sellado con el Sello del Ejecutivo Federal y refrendado por los Ministros del Despacho Ejecutivo, en el Palacio Federal en Caracas, a 28 de octubre de 1916, año 107º de la Independencia y 58º de la Federación.

V. Márquez Bustillos.

El Ministro de Relaciones Interiores, *Pedro M. Arcaya*, el Ministro de Relaciones Exteriores, *Ignacio Andrade*, el Ministro de Hacienda, *Román Cárdenas*, el Ministro de Guerra y Marina, *M. V. Castro Zavala*, el Ministro de Fomento, *Manuel Díaz Rodríguez*, el Ministro de Obras Públicas, *Luis Vélez*, el Ministro de Instrucción Pública, *Carlos Aristimuño Coll*.

Para el mejor cumplimiento del decreto oficial nombramos una Junta privada compuesta por maestros en sus respectivos ramos, a saber: los arquitectos Antonio Malaussena y Alejandro Chataing, el señor Luis Malaussena, discípulo de la Academia de Bellas Artes de París, el bibliófilo Manuel Segundo Sánchez, el

anticuario Cristián Witzke y Manuel Landaeta Rosales, experto investigador de los archivos coloniales. Todos fueron muy útiles en sus respectivas especialidades. El señor Witzke, por ejemplo, descubrió en uno de los salones del Convento de San Francisco, los admirables zócalos al temple puestos a la Casa, de moda en la época colonial.

El edificio se hallaba desmantelado. De las cuatro ventanas de la calle, habían desaparecido las rejas de tres de ellas; una se encontró en poder de un particular, y se fabricaron las dos que faltaban; de esta manera las ventanas para la calle quedaron tales como fueron en la Colonia. Lo mismo el portón de la Casa al cual sólo le faltaban dos o tres clavos de cabeza de cobre. Los cielos rasos de las dos salas se conservaban en su forma, pero con las maderas carcomidas y sólo existía un roseón dorado de sostener la araña en la sala menor. Se han fabricado los otros cuatro idénticos y el auténtico se puso enfrente de la alcoba donde nació Bolívar.

Las cenefas de la sala se tomaron de la casa de don Martín Jerez de Aristeguieta, situada de Gradillas a San Jacinto. Y las cortinas de damasco rojo pertenecieron a la Iglesia de La Pastora y ya no estaban en uso cuando las adquirimos para la Casa del Libertador. La alcoba inmediata a la sala y comunicada con ella por una gran puerta era la pieza más estimada de la Casa. Esa gran puerta sólo se abría en las fiestas importantes para que desde la sala se distinguiese el lecho nupcial. En la alcoba de esta Casa nació el Libertador, y estudiando los elementos disponibles se convino en colocar en ella una cama comprada al señor Cosme Quintero (7) como el lugar más propio para el caso, puesto que la Casa no es una exhibición de muebles sino un ejemplo de los usados en la Colonia. La alcoba de la sala no se podía dejar vacía y no había otro sitio más propio para una cama de lujo. La sala menor estaba destinada a escritorio y biblioteca.

(7) — Memoria presentada por el Ministro de Obras Públicas el año de 1921.

EL TERREMOTO DE 26 DE MARZO DE 1812

El espantoso terremoto de 26 de marzo de 1812, destruyó parte de la población de Caracas. Se calculaban en 10.000 las víctimas, cuando la población total se estimaba en 44.000 almas. Entre los muertos se hallaban numerosos patriotas y muchos parientes de Bolívar.

La casa no cayó pero las paredes quedaron agrietadas en tal forma, que sorprende no se vinieran al suelo. Sólo cayeron los aleros.

Bolívar pasó el terremoto en su casa llamada del Vínculo de la Concepción, en la esquina de Las Gradillas, y vino a la plaza de San Jacinto, donde tuvo lugar el conocido episodio, cuando le quitó la palabra a un fraile y explicó al público que el terremoto no era castigo del cielo, como decía aquél, sino un fenómeno natural ajeno a las ideas religiosas y políticas, y terminó con la célebre frase recogida por el revistero realista José Domingo Díaz, que en ese momento llegaba de su casa: "Si la naturaleza se opone a nuestros designios, exclamó Bolívar al terminar, lucharemos contra ella y haremos que nos obedezca" (8). Idea propia del genio atrevido e irreductible del héroe.

Quitados los encalados, el examen de las tapias no dejó duda de que la casa no había caído con el terremoto. Las enormes grietas no podían provenir de otra causa, y no aparecieron huellas de durmientes ni de los mechinales de un entrepiso. En consecuencia todo indicaba que en la Casa no hubo piso alto después de la reedificación realizada por don Juan Vicente antes de su matrimonio.

(8) — Recuerdos de la Rebelión de Caracas, por José Domingo Díaz, pág. 39.

DISTRIBUCION DE LA CASA

La forma del edificio es clásica, de fines del siglo XVII y principios del siglo XVIII. La parte de atrás destinada al servicio estaba dividida en dos por una pared longitudinal con una sola puerta, cuya llave mantenía la señora de la casa. El objeto de la división era impedir que los esclavos varones se mezclaran con las hembras.

Los aposentos de la familia estaban distribuidos de esta manera: a la derecha tres piezas actualmente convertidas en una galería para los cuadros históricos, y a la izquierda la doble habitación de la familia. Los dormitorios en segunda línea, no recibían sol directamente, por tener delante de éstos la galería de recibo, el comedor y un corredor. Para airear los dormitorios y darles un poco de sol existía el pequeño patio de luz. Hacia adentro quedaban la cocina y el lavadero. A la derecha, es decir en la parte norte de la casa, había un gran corral en el fondo, y en él se hallaba la caballeriza.

En el centro de la Casa existen los cuartos que llamaron de enfrente, como eran en el siglo XVIII. En estas piezas se guarda el rico archivo del Libertador y sus anexos, el de Sucre y el de Revenga. También falta mencionar dos cuartos de la derecha y uno a la izquierda, los finales de la Casa, y en ellos funciona la Secretaría.

En el patio principal de las casas nunca se ponían árboles ni flores para evitar los insectos. Las flores y árboles importantes sembrábanse en el segundo patio y en los corrales. La familia Bolívar en el de su casa tenía dos hermosos chaguaramos, distintivo usado únicamente por las familias mantuanas, de origen noble.

En el primer patio se ha colocado una pieza histórica de gran valor: la pila bautismal de la Catedral de Caracas durante más de dos siglos, reemplazada espontáneamente por el clero con una pequeña de mármol moderna. En la primera, usada

durante tanto tiempo, fue bautizado Bolívar. La soberbia pieza es de granito del Avila.

En la vivienda de la familia existía un jardín pequeño denominado el Patio de los Granados. Nosotros lo hemos conservado tal como se usaba.

El agua venía en una tubería de barro de 12 centímetros de diámetro, del río Caroata y se transmitía de casa a casa, como si fuera una acequia, sin presión ninguna. De la casa de Bolívar pasaba a la casa vecina del Sur. Eran raras las fincas que tenían agua propia.

ANEXOS A LA CASA NATAL

La familia tenía además de sus numerosos bienes patrimoniales una estancia grande que llamaban la Cuadra del Guaire, allí tenían sus caballos, esclavos de reemplazo y objetos que no cabían en la casa principal. En ésta sólo había un pesebre para dos o tres bestias de uso del dueño de la casa.

El Vínculo de los Bolívar comprendía fincas muy importantes, a saber: el Ingenio de San Mateo, vasta posesión en los Valles de Aragua a la orilla del río de este nombre, donde se daba toda clase de cultivo especialmente el trigo y la caña. Sus fincas anexas: Suata, Caicara de Aragua y otras de la misma región. El hato de Totumo a orillas del río Tiznados, varias casas en La Guaira y otras tantas en Caracas, además de la solariega. También poseía las famosas minas de cobre de Aroa, compradas al Rey el 21 de agosto de 1663. Junto con sus bienes patrimoniales heredó Simón el Vínculo de la Concepción, instituido por el Presbítero Juan Félix Aristeguieta por encargo de su madre Luisa Bolívar de Aristeguieta, compuesto de una casa en la Plaza Mayor, en la esquina de Las Gradillas y varias haciendas de cacao en El Tuy. La casa por su magnitud y situación tenía un gran valor.

LA CASA NATAL EN RUINAS. SU RECONSTRUCCION

Destruídos los encalados de las paredes, y arruinadas algunas de éstas, desaparecidos los pisos antiguos casi en totalidad, con las hojas de las puertas y ventanas picadas por insectos o dañadas por el tiempo, y los techos también en mal estado, fue necesario reconstruir todo esto. También se nivelaron algunos pisos algo más altos en la parte del interior que en el centro de la casa. Al mismo tiempo se hicieron las cloacas.

Los techos semi destruidos como hemos dicho se echaron abajo y se construyeron exactamente iguales a los anteriores. Lo mismo las puertas y ventanas. Sus hojas están llenas de remiendos hechos con gran cuidado, utilizando maderas de las partes sanas de la misma casa, por el maestro Ricardo Hernández y su ayudante Torcuato Flores. La albañilería la dirigió Francisco Piñero y muerto este excelente alarife, continuó los trabajos su discípulo Marcos Escobar, tan capaz como el maestro.

El descubrimiento de hermosos zócalos coloniales en las piezas antiguas de la Universidad fue obra del señor Christian Witzke y se adoptaron mediante la aprobación de todos los miembros de la Junta.

MAGNIFICENCIA DE LA CASA

Como consta en el decreto de la reconstrucción de la Casa, fechado el 28 de octubre de 1916, se dispuso reconstruir y embellecer la Casa "con la magnificencia digna de un monumento consagrado a la veneración pública como recuerdo del Libertador".

Al efecto los techos y demás obras de carpintería se reconstruirían con la mejor madera del país, los pavimentos, zócalos y obras accesorias se harían de mármol y se colocaría en la fachada el escudo de armas de la familia Bolívar, esculpido en mármol.

Estas disposiciones no dejaban duda sobre la manera de proceder, embelleciendo la Casa con "la magnificencia digna de un

monumento consagrado a la veneración pública". En consecuencia los pisos y zócalos debían hacerse todos de mármol imitando ladrillos de la época, y lo mismo otros detalles semejantes, por brevedad no anotados aquí. Sin embargo, considerando el director de la obra necesario presentar la Casa en su mayor parte como era, sólo usó los mármoles en la fachada y en los pisos de las salas y de la entrada y todo el interior se reconstruyó exactamente como era, pisos de ladrillo, fabricados como los antiguos, puertas y ventanas las mismas remendadas con la parte sana de maderas de los techos y estos últimos reconstruidos exactamente iguales a los originales con madera de cedro incorruptible como es el nuestro. Consultado el Gobierno en diferentes ocasiones, aceptó este plan como el más lógico. En él se da magnificencia al edificio y se conserva su integridad al primitivo.

La portada de la Casa dibujada por el artista Antonio Maussena y puesta después por él mismo en barro para darle la elasticidad natural a las hojas, y entregarla al marmolista, resultó una obra maestra por su naturalidad y proporciones. Este sabio arquitecto y su hermano Luis, experto en ornamentación, prestaron los servicios más útiles y la cooperación más valiosa. También nos fue útil la colaboración del arquitecto Alejandro Chaiting y del célebre anticuario Cristián Witzke.

COSTO DE LA RECONSTRUCCION

Comprendido el valor de algunos muebles comprados al final de la reconstrucción, el costo total de esta última, incluyendo toda clase de gastos y sueldos fue de Bs. 325.322,44. Los trabajos se ejecutaron lentamente y duraron casi dos años.

A continuación de los dormitorios de la familia, existe un oratorio destinado al culto de la Santísima Trinidad, devoción de la familia Bolívar. Actualmente tiene un altar que fue de la Iglesia de San Francisco, cedido graciosamente a la Casa por el Presbítero Calixto González. El altar está arreglado por el artista

Tito Salas, con restos de un altar antiguo donado por el mencionado sacerdote.

FAMILIA BOLIVAR PALACIOS

La hermana mayor de Bolívar, María Antonia, nació el 1º de noviembre de 1777. Casó con Pablo Clemente Francia. Fue mujer de talento y carácter. Realista de corazón, no sirvió a la patria y cuando después del triunfo se discutía la forma de Gobierno, le escribía a su hermano lo siguiente:

"La malignidad de algunos políticos ha llegado hasta el exceso de decir que te vas a coronar al Perú y aunque ellos no lo creen así, lo esparcen para sus fines particulares. Siempre les digo a todos que es una calumnia y que tú ni lo has pensado ni deseado, que tú eres más grande sólo con el título de Simón Bolívar que de emperador (. . .). Así verán los hombres que después de haber ganado tantos triunfos te retiras a tu casa a ser sólo un benemérito ciudadano (. . .). Así lo creo y espero de tu ilustración y grandeza de alma, pues no sólo en la América del Norte se han de dar hombres grandes como Washington" (9).

Más tarde, el 30 de octubre de 1825, en una larga carta sobre asuntos particulares, le decía estas palabras: "Celebro infinito que vengas aquí con tropas como me dices. Esto está muy necesitado de tu presencia. Hay mil picardías y partidos, pero en el momento en que te presentes desaparece todo. Mandan ahora un comisionado a proponerte la corona. Recíbelo como merece la propuesta que es infame y parto de las potencias de Europa a ver si concluyen con nuestra existencia miserable a manos de los partidos: pero dí siempre lo que dijiste en Cumaná el año de 1814, que serías libertador o muerto, ese es tu verdadero título, el que te ha elevado sobre los hombres grandes y el que te conservará las glorias que has adquirido a costa de

(9) — Lecuna. Papeles de Bolívar, Caracas 1917, pág. 357.

tanto sacrificio. Detesta a todo el que te proponga corona porque ese procura tu ruina. Acuérdate de Bonaparte e Iturbide y de otros muchos que no ignoras; estoy bien satisfecha de tu modo de pensar y te creo incapaz de permitir semejante cosa, pero no puedo menos que declararte los sentimientos de mi corazón por el interés que tengo en tu felicidad” (10).

María Antonia dedicó su vida a la agricultura; desterrada por los españoles, se le permitió regresar después del triunfo de la batalla de Carabobo. El Gobierno americano envió un buque especialmente para traerla de La Habana a La Guaira.

Murió el 7 de octubre de 1842 poco antes de que llegaran los restos de su hermano el 17 de diciembre de 1842, por lo cual se había interesado tanto.

La gloria de esta gran señora es digna de la grandeza de su hermano. El teatro de nuestra política no favorecía el desarrollo de talentos tan originales como los de esta dama. Para extender la influencia de sus eximias dotes necesitábase un ambiente más civilizado que el de la anárquica y atrasada población, de feroces pasiones dominantes en aquella época de estolidez y de barbarie de la Madre Patria, como la define el gran historiador don Modesto Lafuente (11). Luchando en condiciones más favorables María Antonia habría logrado tanta influencia y renombre como su glorioso hermano.

Juana Bolívar fue la menor de las dos hijas hembras del matrimonio Bolívar Palacios. Nació en Caracas, en la misma Casa Natal del Libertador, el 16 de mayo de 1779. Murió el 7 de marzo de 1847. Casó muy joven como su hermana; su marido Dionisio Palacios, era primo hermano de doña Concepción dedicado a la agricultura, fue patriota. Tuvo que emigrar y pereció en

el degüello de Maturín, donde murieron patriotas eminentes como Francisco Javier Ustáriz, Narciso Blanco y muchos otros.

Dejó un hijo, Guillermo Palacios, oficial entusiasta y valeroso, que acompañó a su tío hasta la conquista de Guayana, y murió espada en mano en la batalla de la Hogaza.

Juana se distinguió por su carácter prudente y conciliador (12).

Juan Vicente Bolívar, el mayor de los dos varones, no tuvo las aficiones literarias de su hermano menor. Dedicóse desde temprano a los trabajos de agricultura y de industria. Nombreado en 1810 agente de Venezuela en los Estados Unidos, después de largas conferencias con el Ministro español Luis de Onís se declaró partidario de la autonomía de la provincia, conservando la Colonia dentro del Imperio Español. Como consecuencia de estas ideas, en lugar de comprar un armamento como aconsejaba la Junta de Gobierno de Caracas adquirió maquinarias industriales, entre ellas unos telares. Cuando venía de regreso en el bergantín San Felipe Neri murió ahogado en un naufragio en julio de 1811 a inmediaciones de las Islas Bermudas, en el cual perecieron todos cuantos venían en el barco.

LOS MUEBLES PUESTOS EN LA CASA NATAL

A consecuencia del terremoto del 26 de marzo de 1812 y de los saqueos efectuados durante la guerra de Independencia, no quedaron muebles ni de la Casa Natal del Libertador, ni de su casa particular en la Esquina de Las Gradillas. Una vez reconstruida la Casa Natal, fue necesario amueblarla con piezas auténticas de familias caraqueñas de la misma época en cuanto fuera posible. Así se ha logrado. Todos los muebles puestos en la Casa, sin excepción, sean antiguos de los siglos XVII y XVIII o de principios del siglo XIX, han sido usados por familias de

(12) — Boletín de la Academia de la Historia N^o 113, pág. 62.

(10) — Lecuna. Cartas del Libertador. Segunda edición. Tomo V, pág. 33.

(11) — Historia General de España por Modesto Lafuente. Tomo XIX, págs. 128 y 129. Montaner y Simón. 1890.

Caracas. No se ha querido utilizar muebles de otros países ni viejos ni nuevos.

CUADROS DE TITO SALAS

Deseando que toda la reconstrucción fuera obra de venezolanos, tuvimos la fortuna de encontrar en el señor Tito Salas un artista venezolano a la altura de los mejores de Europa. Se le encargó la ornamentación de la Casa por medio de cuadros históricos que el Gobierno le iría indicando. La colección, de un mérito artístico insigne, contiene el resumen de una historia de España y algunos períodos de la Colonia, a saber: El Descubrimiento, La Conquista, la Protección de los Indios por el Padre Las Casas, El Dorado, La Fundación de Caracas, Guaicaipuro, el 19 de Abril. En uno de los frisos aparece Colón recibiendo las joyas de Isabel la Católica; los primeros pasos del Descubridor, y se recuerda la Conquista de Caracas por las figuras de Guaicaipuro y Diego de Losada. La Sociedad Patriótica, quedó representada en otro friso.

Luego vienen los grandes cuadros: La Apoteosis en la Sala Principal, el Desembarco de Colón, el 19 de Abril, el Bautizo de Bolívar, la Confirmación, una Lección de Andrés Bello, la Muerte de la Esposa, el Terremoto de 1812, la Batalla de Araure, la Emigración, el Combate Naval, la Toma de las Flecheras por Páez. Esas obras costaron Bs. 238.400 y representan varios años de trabajo. El cuadro del Matrimonio no está incluido en esta suma: fue regalo del Comercio del Caracas.

PRESBITERO CARLOS BORGES

Año y medio estuvimos sin inaugurar la Casa esperando que la Curia Romana permitiera hablar al Presbítero doctor Carlos Borges. El Nuncio se lo había prohibido por razones disciplinarias. Nosotros no queríamos que un acontecimiento tan grande

como la reconstrucción de esta Casa fuera deslucido con un discurso político y creíamos que sólo la elocuencia de Carlos Borges era digna de realizar una obra sublime. Al efecto como circulaban tantas leyendas falsas sobre antecedentes del Libertador y de su familia, nosotros, prácticos en su historia, trazamos al doctor Borges cuáles eran los asuntos que se debían mencionar y él con su admirable arte compuso el discurso que tanta fama ha logrado en toda nuestra América.

A continuación se inserta el texto del discurso:

Ciudadano Comandante en Jefe del Ejército y Presidente Constitucional Electo de la República:

Ciudadano Presidente Provisional:

Ilustrísimo Señor Arzobispo:

Señores:

Bendito y alabado sea el Misterio de la Santísima Trinidad, el Santísimo Sacramento del Altar, y la Purísima Concepción de María Santísima Señora nuestra, concebida sin mancha de pecado original, y llena de gracia desde el primer instante de su ser natural. Amén.

No es la primera vez, señores, que se oyen aquí estas palabras. Las saben de memoria esos viejos muros. El suave aroma de fe sencilla y de ingenua piedad que ellas respiran impregnó en otros siglos el sagrado ambiente de esta casa. Como en casi todos los hogares de la Colonia, construidos por la alianza de la cruz y la espada como nidos de águilas en la firmeza incommovible de la roca romana, día y noche, desde la campana de la aurora hasta el toque de ánimas, por esas salas, por esos corredores y galerías, pasaba el "bendito" de boca en boca, de corazón en corazón, como un eco del cielo. Perla de eucología en preciosa síntesis teológica, era la oración familiar de cada momento y como la respiración del alma española. Decíala el amo de la casa con claro timbre de devoción viril, sin sombra alguna de respeto

humano; vertíala con dulcísima unción la esposa y madre amorosísima sobre el cándido sueño de las cunas; florecía en los labios de los niños —al despertarse y al dormirse— dilatada por el encanto de una sonrisa angélica, o graciosamente cortada por el rosado bostezuelo de las frescas boquitas inocentes; a su influjo parecían cobrar luz de aureola las canas del abuelo; y su esencia subía hasta Dios en el suspiro del esclavo como el perfume de la mirra desde el carbón candente.

Sabemos de cierto cómo la devoción al augusto Misterio de la Santísima Trinidad era tradicional en la ilustre familia cuyos huéspedes somos en este día de glorificación nacional. Innumerables son los documentos públicos y privados de donde se desprende el olor celestial de esta noticia. Eran los Bolívar patronos del antiguo templo dedicado en Caracas al Misterio fundamental de nuestra fe; la capilla erigida por su piedad en nuestra Santa Iglesia Catedral para honor del mismo Misterio, fue y es aún panteón de la familia; y toda la luz recogida de generación en generación por las almas de toda aquella noble gente en la contemplación del Dios tres veces santo, parece condensarse, al fin, en estrella de gloria y caer con las aguas del bautismo, en señal de un destino excelso, sobre la frente del último de los Bolívar: Simón José Antonio de la Santísima Trinidad.

Ahora comprenderéis, señores, por qué al subir a esta tribuna para dar cumplimiento al encargo honrosísimo que se me ha confiado, he puesto, ante todo, en mis labios, la oración que sirve como de antifona a mi discurso: ella es la llave milagrosa que ha de abrirnos el alma de esta casa, templo de nuestro patriotismo, solar de nuestra gloria, y Belén de la libertad para toda la América española.

¿No veis cómo al conjuro de esta fórmula santa todo parece transfigurarse en este instante en torno nuestro? . . . El tiempo se echa atrás como la corriente del Jordán al paso del Arca del Señor, la rueda de la historia retrocede más de cien años, el pre-

sente desaparece, descórrese el velo del pasado, la visión de otro siglo se dilata ante nuestro asombro, y el genio tutelar de esta mansión, saliendo a nuestro encuentro, se dispone a introducirnos en la secreta intimidad doméstica de los Bolívar y Palacios. Sigámosle en espíritu con recogimiento religioso.

Pero antes, señores, reclamo una silla entre vosotros para Ezequiel Vivas, Landaeta Rosales, Luis y Antonio Malaussena, Cristián Witzke, Manuel Piñero, y cuantos contribuyeron generosamente con su grano de arena o de oro a la restauración de este santuario: y entre ellos un asiento de honor, hecho como con lirios blancos bajo dosel de luz, para Elena Escobar, la noble y bella esposa de Vicente Lecuna.

Estamos en el siglo dieciocho: en la apacible Caracas de la Colonia, devota y gentil como siempre: frente a la Plaza de San Jacinto: en la casa de Don Juan Vicente Bolívar y Ponte. . . Sobre el portal soberbio campea el escudo de la estirpe, rudamente esculpido como por las tormentas del Cantábrico en brava roca de Vizcaya: podría decirse de esa piedra que es un beso de España en el frontón altivo del más noble solar caraqueño. Suele así la leona sellar en la frente sus cachorros con mordiscos de amor. Acaso el primer Simón Bolívar, en sus andanzas de conquistador, ungió esa misma piedra como Jacob la suya en el desierto, después de haber soñado sobre ella, en una noche triste, la redención de un mundo por un hijo de su linaje.

Atravesamos el vestíbulo y el primer corredor entre officiosas reverencias de esclavos burdamente vestidos, a usanza de la época, con anchas blusas de listado, todos pulcros y comedidos, todos contentos y orgullosos de pertenecer a casa rica.— “Pasen adelante Sus Mercedes” . . . Y entramos al salón principal.

¡Cuánta magnificencia! y al mismo tiempo ¡qué fino culto al arte! ¡qué hidalgo sello de buen tono, de suprema elegancia, de auténtica cortesanía en el suntuoso estrado! ¡Qué gravedad en la belleza y qué gracia en el señorío! ¡Cuán noblemente se armo-

nizan en el decoro y ornamento del prócer recinto la austeridad de los Bolívar, gente de guerra y de trabajo, con el diletantismo de los Palacios, gente de arte y letras! Magníficos espejos multiplican la luz y prolongan infinitamente la ilusión del espacio, como para que el alma de la alcuña pueda caber entre estos muros y mirarse a sí misma, toda clara, diamantina toda, como en el *Castillo Interior* de Santa Teresa. Soberbias cortinas de púrpura en puertas y ventanas, coronadas por cornisas resplandecientes como de oro bruñido, dan regio aspecto a la fastuosa estancia. Riquísimas alfombras enmollecen el piso, como blando musgo de seda para el pie, perla y flor, de las damas. Tiemblan los iris en el cristal de las arañas, que, como encantadas princesas, bajo los áureos rosetones, sueñan que están tejiendo futuras banderas de gloria. Con la reluciente doradura y el gótico flameante de los muebles, contrasta, en un ángulo del salón, el viejo clave enorme, cuyos tersos marfiles han sentido la unción ferviente de las manos del Padre Sojo, patriarca de la música en Venezuela, benemérito fundador de la Academia de Blandín, maestro de Lamas y Landaeta, y cuyo noble apostolado artístico habrá de ser doblemente bendito, en el genio inmortal de sus discípulos, dando a Dios el *Popule Meus* y a la Patria el *Bravo Pueblo*.

En el sitio de honor, sobre el sofá, desde su regio marco de oro, la efigie de Carlos III preside la lujosa iconografía de la casta. Mirad cómo a un lado y otro del Rey la robusta vid boliviana extiende con orgullo, cuajados de gloriosos racimos, los cálidos sarmientos de su sangre.

Este infanzón de rostro enérgico, de frente audaz y pecho hercúleo bajo el jubón de acero, es el primer Simón Bolívar, el *Anciano*, el conquistador, el plantador en Venezuela de la más vigorosa estirpe que arraigara en tierras de América; Contador General de la ciudad de Caracas y su provincia, y por cuya valiosa influencia otorga el Rey escudo de armas a nuestra gentilísima Santiago de León.

Ese otro, de hábito eclesiástico, de semblante severo que dulcifican, sin embargo, los expresivos ojos, de un sereno azul místico es Simón Bolívar el joven, llamado por sobrenombre el Americano, Encomendero de San Mateo, tan activo en la guerra como laborioso en la paz, quien, al perder la amada esposa, en la desolación de su viudez temprana, irremediamente triste, suelta su potro de batalla, desunce sus bueyes, liberta sus esclavos, y estrechándose aun más con la cruz por medio de la unción sacerdotal, encuentra en la sotana, definitiva y negra, un luto digno de su duelo. No hará lo mismo en caso idéntico el último Simón Bolívar: antes bien, fiel a su destino, esconderá su dolor, como una oruga, en su corazón, bajo su blusa de soldado: allí el recuerdo de Teresa, allí Teresa misma, dormirá al sol de las campañas, en gestación de gloria, su largo sueño de crisálida, hasta que un día la mariposa angélica, desplegando los iris de sus alas, saldrá con el alma del héroe, tendido en su lecho de Santa Marta, para volar eternamente juntas, más allá de esa última orilla de su América, más allá del mar de los siglos, por todos los cielos de la inmortalidad.

Siguen en orden de abolengo, Antonio y Luis, campeones del trabajo, agricultores y criadores, quienes, además del heredado cargo de encomendero, ejercen el no menos honroso de Justicia de Aragua, y en cuyas manos, nunca ociosas, se aumenta considerablemente el cuantioso caudal de la familia.

CONFIRMACION

En la ciudad Mariana de Caracas, en los días 4, 11 y 18 de abril de mil setecientos noventa y tres el Ilmo. señor doctor Mariano Martí, dignísimo obispo de esta diócesis del Consejo de S. M. administró el santo sacramento de la confirmación, en su palacio episcopal a las personas siguientes:

Simón Bolívar hijo legítimo de don Juan Vicente Bolívar y doña Concepción Palacios Blanco. Padrino don Esteban Palacios Blanco,...

(Libro Noveno de Confirmaciones. Archivo Parroquial. Catedral de Caracas).



CONFIRMACIÓN

Viene luego Don Juan de Bolívar y Villegas, Teniente de Gobernador en la Capitanía de Venezuela, fundador de San Luis de Cura, soldado valiente y devoto, como aquellos sus remotos abuelos peninsulares, concreción de la virtud vasca en el troquel católico, dignos de ser armados caballeros por un Ignacio de Loyola, bajo el propio árbol de Guernica. Fue este mismo Bolívar y Villegas quien, dando hermoso ejemplo de humildad cristiana, quiso y mandó en su testamento que se le enterrase en el umbral del convento de las Concepciones, para que en aquel sitio de público pasaje pisara todo el mundo las cenizas del pecador. Religiosamente fue cumplida su voluntad. Las lámparas de las vírgenes prudentes alumbrarán allí por mucho tiempo la tumba del soldado. Ejércitos que regresarán victoriosos de allende el Cuzco aclamando al Libertador, pasarán por sobre esos huesos sin lograr conmoverlos: ni el Libertador mismo los hará incorporarse cuando se descubra ante ellos y se incline para arroparlos con el gonfalon de Pizarro: allí estarán perpetuamente bajo los pies de las generaciones, en el olvido y en la gloria de su voluntaria humillación.

Remata y corona esta iconográfica asamblea de varones perincritos el retrato de Don Juan Vicente Bolívar y Ponte, actual jefe de la familia. Hombre de placeres y de negocios, galante y discreto, generoso y magnánimo: de joven, permanece durante cinco años en la brillante corte de Madrid, ilustrando su inteligencia y aquilatando su cultura, sin que aquel ambiente impropicio a sus sentimientos liberales logre ahogar en su pecho el espíritu de independencia que constituye la fisonomía de su carácter y que le llevará un día a habérselas con el propio Consejo de Indias en defensa de su conducta como jefe del Batallón de Aragua. Favorito de la fortuna, atrevido y perseverante en sus propósitos, de una asombrosa actividad, atiende personalmente a la administración de sus varios fundos agrícolas y pecuarios, y al mismo tiempo establece en Caracas una vasta empresa mercantil, estudia la implantación de nuevas industrias en la Colonia, desempeña con

eficacia y brillo su honroso cargo de coronel de las milicias aragüesas, se desenvuelve con suma habilidad y cordura en cuantos líos le arman la malevolencia y la envidia, y con la mayor probidad y la más pulcra y clara economía duplica su hacienda en breves años. Más tarde María Antonia, su primogénita, heredera del carácter, del buen juicio y de los talentos financieros de su padre, escribirá desde Caracas a su glorioso hermano en el Perú, refiriéndose a las minas de Aroa, estas palabras estupendas: "Envíame tu poder para recoger todo lo que está perdido por abandono y nos pertenece por herencia de nuestros padres, pues es un dolor que todos se aprovechen y estén gastando lo que a nosotros nos toca y hace falta: tan malo es coger lo ajeno como desperdiciar lo propio". Pero arará en el mar María Antonia: su lección no será aprendida por el sublime pródigo, y los cobres de Aroa habrán de estar siempre muy lejos de quien ante el radiante ensueño de la América libre verá con desprecio a sus plantas todos los oros de los Incas.

Tiempo es ya, amigos míos, de que se nos presente a la señora de la casa: Doña María de la Concepción Palacios y Sojo de Bolívar y Ponte. Tiene veintitrés años: su belleza es fina y delicada como la de los lirios avileños. Porte gentil, silueta aristocrática, y un aire indefinible de ingénita prestancia que la distingue entre todas las de su rango. Su estatura, ni grande ni pequeña, es la que Shakespeare requería para la bienamada: llega hasta el corazón de su marido. Ojos grandes y negros, de suave fulgor místico, a la sombra de luengas pestañas, ojos candorosos y humildes,

MATRIMONIO

26 de mayo de 1802

Simón Bolívar contrae matrimonio con María Teresa Rodríguez del Toro, en la Iglesia Parroquial de San José de Madrid.

(Libro VI de matrimonios, Iglesia Parroquial de San José en la Villa de Madrid)



MATRIMONIO

inconscientes de su poder y de su gloria. Negro, también, y ondulante y copioso el cabello. Boca de dulzura y de gracia, donde es luz la sonrisa, la bondad miel y música el acento. Tez de blancura alabastrina, con esa palidez de buen tono de las jóvenes principales, criadas y florecidas, faltas de sol y mundo, pero pulcras de cuerpo y alma, en el recogimiento conventual de las viejas casonas coloniales. La benignidad y la ternura le son connaturales, como el perfume a la azucena y la dulcedumbre al panal. Jamás en su presencia se fustigó al esclavo sin que al punto ella no detuviese, imperiosa o suplicante, el brazo del verdugo. Y alguna vez dió sus blancos pechos de madre joven al huerfanillo negro, y enjugó la frente y cerró los ojos del anciano que encaneció sirviendo a la familia por más de tres generaciones. Por eso la veneran los infelices como a una Isabel de Hungría. Y es de verla por esas calles, rumbo al templo, con su real traje de terciopelo negro guarnecido de riquísimas blondas, en su litera de patricia, dorada como un trono. Pórtanla con orgullo sobre sus recios hombros cuatro héroes africanos, y un gracioso grupo de doncellas mestizas la precede, llevando una la alfombra, otra el abrigo, esta la sombrilla, y aquella de quince años —su ahijada y favorita— el devocionario y el flabelo de su buena ama y madrina; todas limpias y honestas tocadas de blanco, cubierto el núbil seno por vistoso pañuelo de Madrás, de estreno la gaitera alpargata, y olorosos a jabón de Castilla y a mastranto y a alhucema la camisa de gala y el fustán dominguero.

A fuer de Palacios y Sojo, también es ella filarmónica, y canta, y pulsa el arpa y se atreve con la guitarra. En extremo pulcra y hacendosa, mantiene la casa, según su habitual expresión, "como una tacita de plata". Y aunque le sobran sirvientes, esta mujer insigne que ha heredado de sus mayores el culto por los santos y por los héroes, sacerdotisa y reina del hogar, con sus propias manos cubre de flores el altar doméstico, prende la lamparita de la Virgen, pone al sol las antiguas banderas y limpia y abrillanta

los aceros de las panoplias. Y a veces . . . como ante un espejo mágico que le hiciera inefables revelaciones se queda pensativa y como soñando ante la hoja de una espada.

Tres veces madre a los veintidos años, ya se advierte en ella esa ennobecedora fatiga que sigue siempre a los grandes esfuerzos creadores, y por la cual el mismo Dios, según dice en figura el Génesis, se sienta a descansar ante su obra. La aparente debilidad de su constitución física, cierta expresión como de abatimiento en su semblante, y su misma temprana y excesiva fecundidad anterior, harían tal vez creer que se ha agotado en ella la sagrada fuente de la vida. Pero la omnipotencia del Altísimo ha puesto prodigiosas y extraordinarias reservas de energías fisiológicas y morales en esta admirable criatura, predestinada a concebir en sus entrañas al redentor de América.

Estamos en octubre de 1782. Tres hermosos niños, frutos del más feliz consorcio, alegran este hogar: María Antonia la primogénita, Juana María, la segunda, y Juan Vicente, orgullo de su padre, cuyo nombre lleva. ¿Qué más pueden pedir al cielo los esposos Bolívar-Palacios, ricos, ilustres, poderosos, amados, y con prole ya suficiente para enaltecer la rama propia en el árbol genealógico de la familia y de la raza? . . . Pero Dios abre el libro de sus decretos eternos, escribe en él un nombre, crea un espíritu, y hace un signo a uno de sus ángeles que al punto arranca del empíreo en vuelo hacia un rincón de América, hacia la humilde y hermosa ciudad del cerro azul, los techos rojos y las palomas blancas. El paraninfo excelso se detiene un instante sobre esta casa, como para

TERREMOTO

26 de marzo de 1812

(En las ruinas del Convento de San Jacinto)

Si se opone la naturaleza a nuestros designios, lucharemos contra ella y haremos que nos obedezca.

(Proclamas y Discursos del Libertador. P. 4)



TERREMOTO

reconocerla y bendecirla. Bajo el plumaje iridiscente de sus alas radiosas, trae un alma dormida en su seno como una estrella en un celaje, y penetrando, al fin, como en un santuario, en esa alcoba, deja caer dulcemente sobre el altar de amor el divino regalo del Altísimo.

Y ahora, señores, permitidme un paréntesis. El instinto de los pueblos casi nunca se engaña. Por muchos años el 28 de octubre fue celebrado en Venezuela como un gran día de la Patria. Creyóse al principio que ese día no sólo era el onomástico, sino también el natalicio del Libertador. Más tarde, una disposición legislativa rectificó este error, trasladando la fiesta nacional al 24 de julio, verdadero aniversario del nacimiento del grande hombre. Pero yo me atrevo a creer que lo que el sentimiento popular festejaba sin saberlo, y como por instinto, el 28 de octubre, era un acontecimiento todavía más grandioso, cuya gloria nos envidia toda la América: la encarnación del Genio de la Libertad en el seno de una mujer venezolana!

Nueve meses después, en esa misma alcoba, nace Simón Bolívar. Es un débil niño que llora como todos los hijos de Adán, pero en ese puñado de arcilla humana ha insuflado Dios el espíritu a cuyo aliento palpitará pleno de vida heroica el corazón de un continente. Entremos, hermanos, a esa alcoba, pero en silencio y de puntillas, no sea que despierte la joven madre. Profundamente quebrantada por tan portentoso alumbramiento, bien ha ganado su descanso la pobrecita. Duerme, mujer gloriosa: duerme, madre, y sonrío en tu sueño, porque ya es tuya la corona de la inmortalidad!

Alumbra débilmente la estancia, ardiendo ante la imagen de San Ramón, patrono de las puerperas, un cabo de cirio pascual, por cuya virtud, según una antigua creencia, las que están a punto de ser madres esperan salir bien del duro trance. A la luz del blandón votivo se descubre el precioso lecho, de áureo copete gótico y soberbio pabellón de damasco; y sobre el lecho, entre

finísimas holandas, sedas, plumas y edredones, al lado de la madre dulcemente dormida, el inquieto recién nacido pugna ya por salirse de sus pañales.

Todo es contento y alegría en la casa, llena de parientes y amigos que han venido a dar sus parabienes a Don Juan Vicente y su esposa. Desde el salón de honor y la nupcial alcoba hasta el gallinero y la cocina trajinan por doquiera, con diligencia insólita, sirvientes y esclavos. Distínguese entre éstos la negra Hipólita, de antemano elegida para aya del niño. Hermoso tipo de su raza, inteligente, vigorosa, limpia, honesta, de carácter dulce y jovial, Hipólita es la flor de las esclavas. Tiene veintiocho años y está avaluada en trescientos pesos. Es la misma de quien un día el Libertador, en el apogeo de su destino y de su gloria, dirá a su hermana María Antonia, recomendándosela encarecidamente: "acuérdate que yo no he conocido más padre que ella". Ella, en efecto, será la humilde sombra de su infancia huérfana; ella guiará los primeros pasos de aquel cuyas huellas serán naciones libres; y cuando el Padre de Colombia, consumada su inmensa obra, descanse ya bajo la limosna de tierra dada a sus tristes huesos de proscrito, la negra Hipólita que, inconsolable, le sobrevivirá por mucho tiempo, será sobre su tumba como un lacrimatorio de basalto.

Llega el día solemne del bautismo: la santa ceremonia se cumple en esta vez con singular magnificencia. ¡Dínoslo tú, pie-

BATALLA DE ARAURE

5 de diciembre de 1813

Si alguna vez pudo más la virtud guerrera que el número y la suerte, fue en las llanuras del Araure. El valor sobrehumano de nuestros soldados inclinó la balanza a favor de nuestras armas, que en un momento redujeron todo a la nada.

BOLIVAR

(Al Presidente del Congreso de la Nueva Granada. 20 de diciembre de 1813. Cartas del Libertador. Segunda edición. T. I, p. 117).



BATALLA DE ARAURE

BIBLIOTECA NACIONAL
CARACAS - VENEZUELA

dra sagrada, copa llena de cielo, corazón del Avila, Jordán del pueblo mío, tú que diste el agua redentora al que en la cuenca de su mano recogerá todos los ríos de América para aplacar la sed del derecho crucificado sobre el Gólgota de los Andes y ya en su tercer siglo de agonía!

Desde hoy y para siempre Simón Bolívar es cristiano: lo ha engendrado a la vida de la gracia, en virtud del primer sacramento, su ilustre pariente el canónigo Don Juan Félix Jerez de Aristequieta y Bolívar, quien, poseedor de cuantiosos bienes, funda opulento mayorazgo en obsequio y para patrimonio de su dichoso ahijado y deudo. Hierve el hogar en regocijo. Cuanto brilla en Caracas por la nobleza o la fortuna se encuentra aquí presente. Revienta, de pronto, en el zaguán, con resonante júbilo la magnífica orquesta de la Academia de Blandín. Así saluda el Padre Sojo la entrada triunfal de su sobrino en el camino de la cruz. . . que es el camino de la gloria. En la exaltación del entusiasmo, se alzan, plenos de vino, vasos y corazones: son viejos vinos españoles, color de sangre y oro como la bandera de la Conquista: vinos de altar y trono, topacios y rubíes que fulguran gloriosamente dentro de las copas en círculo, cristalina corona de la fiesta. Desde las ventanas de par en par abiertas, los padrinos tiran puñados de menudas monedas a la chiquillería insaciable que aturde la calle con sus vivas. En el fondo del último patio, al son de arpa y maracas, los esclavos bailan la zamacueca. Y lejos del grupo servil, en el centro del señorío, más que todos alegres y orgullosa, Hipólita desempeña sus funciones de aya. Vedla qué mona y qué galana, con más adornos que la palma del arzobispo el Domingo de Ramos, "con su blanca risa de negra", cien cocuyos en cada ojo, en la mano una onza de oro, regalo del padrino, y el Sol del Perú, limpio de toda mancha, amaneciendo entre sus negros brazos!

Pero aquí me detengo, señores, para cobrar aliento. No es posible, en el breve espacio de un discurso, revivir toda la historia íntima de esta casa durante el tiempo en que fue solar de los

Bolívar: contentémonos con que pasen por nuestro espíritu, y como en sueño, algunas de las primeras impresiones que en este sitio, teatro de su infancia, recogiera en su corazón el hijo de Caracas, Libertador de América.

Ya hemos visto el primer salón y la alcoba matrimonial. Pasemos, si os place, al saloncito ingenuo y cómodo de las confianzas familiares, pero sin ceder a la tentación de arrellanarnos en los frescos y holgados sillones de cuero, vetustos y cordiales como abuelos, tronos de paz, nidos de reflexión, cátedras de consejo, confesionarios del amor materno, siempre propicios al perdón, amigos fieles "en los días sin sol de la mala fortuna" y en las noches de vigilia, eternas, en el dolor o ante la muerte.

Visitemos los dormitorios, amplios, claros y limpios, naves del templo conyugal, donde las blancas camitas de los niños, cada una con su Santo en la cabecera y su cruz de palma bendita, son como altares de inocencia. No todo, sin embargo, es alegría de aurora en el alma del niño. El presentimiento del mal suele poner en ella terrores indecibles, tanto más espantosos cuanto más imprecisos. El coco, ese tremendo mito de la infancia, corresponde a una realidad en el mundo de los espíritus: el coco existe; el coco es el mal, la personificación de esa fuerza enemiga que acecha siempre al hombre desde el fondo de lo desconocido y que el Evangelio llama *la potestad de las tinieblas*. ¿Quién no ha sentido alguna vez cerca de sí, en la obscuridad, las pisadas del león invisible que, según San Pedro, anda dando vueltas por el mundo buscando a quien tragarse? Ciertamente la bestia maldita nada

EMIGRACION A ORIENTE

6 de julio de 1814

Semejante al caudal de los ríos, en las vías principales, las multitudes fugitivas se engrosaban con grupos locales inmediatos.

Vicente Lecuna. Crónica Razonada de las Guerras de Bolívar. (T. I., p. 297).



EMIGRACION A ORIENTE

puede contra los inocentes, pero Dios le permite acercarse a las cunas y proyectar su horrible sombra sobre las blancas almohaditas: de ahí los terrores infantiles.

Es una noche de noviembre profundamente oscura. En el zaguán duerme un esclavo, como si no fuera garantía suficiente contra el peligro de ladrones el enorme aldabón de hierro que asegura por dentro el portón. Pero ¿cómo impedir el paso a los fantasmas? . . . Los niños, transidos de miedo, se acurrucan en sus camitas escondiendo la cabeza bajo las sábanas, sin poder conciliar el sueño. La culpa es de la negra Catalina que se ha puesto a contarles pavorosas consejas. El viento ruge entre los árboles, se precipita aullando por los solitarios corredores, y sacude las hojas de las puertas, cuyas aldabas golpetean como si alguien estuviese llamando al aposento con azarosa prisa. La imaginación de los pequeños se exalta hasta el paroxismo del terror. Les parece que el aire huele a azufre y que oyen como el rastrear de una cadena. Todos los ecos de la noche, confusamente percibidos, corresponden en su alucinada fantasía a las horripilantes visiones evocadas por los cuentos de Catalina: el Judío Errante, cuyo paso anuncian los perros con desgarradores aullidos; el alma en pena del Tirano Aguirre en forma de una llama sangrienta y lívida que corre a ras de tierra; la silueta espectral de la *Sayona* con su espantosa risa de calavera; la trágica cozcoja de la *Mula Maniá* resonando siniestramente en la calle desierta, cerca de la ventana, sobre las lajas de la acera; y la *Mano Peluda* arañando el portón en las tinieblas.

De repente, en medio de tantas pavoras, parte el corazón negro de la noche, como un dardo de oro, la campanada límpida, vibrante de la torre de San Jacinto. Son las doce y va a empezar en el convento el canto de maitines. A la voz del sagrado bronce pónense en fuga los espectros, toda la tierra queda como bendita y olorosa a incienso, duérmense en paz los niños, y el Ángel de la Guarda los invita a recorrer juntos los jardines del cielo, donde,

mientras sus hermanitas cortan flores para la Virgen, Simón, a quien encanta la honda de David, se agacha a recoger cinco luceros para apedrear con ellos la frente de Satán.

Continuemos nuestra visita. Veamos la biblioteca: se compone en su mayor parte de obras militares y religiosas, lo que nos revela, señores, en su raigambre heroica y mística, la formidable contextura del abolengo boliviano, digno en verdad, de aquella raza única que juntando en su recio puño la espada con la cruz, reja y esteva de su arado, aró el planeta con titánico empuje; hizo del sol su buey, pues que todos los círculos geográficos pasaron por tierras españolas; sembró su sangre en los inmensos surcos, cosechó glorias infinitas, y harta ya de ser dueña del mundo le dió con Carlos V el puntapié de su desprecio.

Ahí está el patiecito predilecto de la Señora, lindo y alegre, miniatura de la casa, con su tiesto de flores, y su pedacito de cielo, allá arriba, en la mano de Dios, como un pañuelo azul, lleno, en la noche, de diamantes. Ese otro, todo un primor, carmen de Andalucía, es el jardín de los granados donde las amigas de confianza suelen tomar el fresco, mientras los niños corretean entre los rosales persiguiendo las mariposas.

Pero entremos al comedor. Llegamos a buen tiempo, amigos míos, pues ya el almuerzo está servido, y a fe que huele bien. Preside la madre, por ausencia de su marido casi siempre en Aragua. A su derecha y a su izquierda, María Antonia y Juana María; más allá Juan Vicente, y en la cola Simoncito, el más tuno y travieso

ABORDAJE AL BERGANTIN INTREPIDO
EXPEDICION DE LOS CAYOS

2 de mayo de 1816

Un grupo de patriotas se lanza sobre la cubierta del Intrépido blandiendo los sables y sigue la lucha desesperada al arma blanca.

Vicente Lecuna. Crónica Razonada de las Guerras de Bolívar. (T. I., p. 441).



ABORDAJE AL BERGANTIN INTREPIDO

de la camada. Van y vienen, solícitos, los criados. Humea el sancocho succulento, multicoloro y multisápido; síguenlo fresco pargo recién traído de La Guaira, rosada pulpa de ternera, gordas hallacas navideñas, y, de postre, piñas más dulces que las de La Esmeralda el día de Casacoima, y sabrosas cuajadas y ricos alfondoques de San Mateo. Luego el cacao y la siesta.

Duerme la casa toda bajo el bravo sol veraniego. Unico vigilante, en la frescura umbría de su rincón, borda el claro silencio diurno con su hilo de cristal el tinajero. Amo este mueble vivo, tan misericordioso, tan caraqueño, corazón del hogar: dulce abuelita rezandera que desgrana día y noche, con cantarín arrullo, su rosario de lágrimas. ¡Cuántas veces en las zozobras del vivac, en la marcha bajo el bochorno, en el horno encendido de la pampa, sobre el volcán candente, cuántas veces el soldado libertador vió en los delirios de su fiebre el apacible manantial casero, con su verde penacho de culantrillo, la tinaja panzuda y sus hijas las graciosas pimpinas, conservando piadosamente, en la virtud de su armonioso barro, su límpido tesoro de frescura, como una alma purísima en el moreno cuerpo virginal de una hija de Guaicaipuro!

Por allí nos queda la cuadra. Se oye el piafar de los caballos impacientes. Son finos potros aragüeños de las propias dehesas de los Bolívar. Blasón del anca el noble hierro. En su relincho, timbre de trompeta. De pura sangre heroica, sus nietos recorrerán el nuevo mundo en galope triunfal, pegados de la gloria, con banderas por alas. Uno, entre ellos, sobre todos: ése que partiendo del pie del Avila atraviesa como un relámpago el corazón de Venezuela, esguaza el Orinoco, devora la cordillera andina, se traga la llanura de Casanare, tumba de una cox en el puente de Boyacá el virreinato de Santa Fé, salva de un salto el Marañón, brinca por sobre el Chimborazo, patea el oro del Cuzco, sube, hecho símbolo, a ser blasón de nuestro escudo, y, hecho bronce, se encarama en el monumento, donde, a la luz olímpica de la antorcha de la Libertad, que refleja el espejo del Hudson, mira a sus

pies la gran patria de Washington y halla estrecho para su gloria el horizonte de los siglos.

Mayor solemnidad que la del bautismo reviste, siete años después, la fiesta de la confirmación, aunque no tan completa alegría, pues el padre de la familia ya está en la tumba. Recibe Simón el sacramento de manos del Ilustrísimo Señor Mariano Martí, apadrinándolo su tío Don Esteban Palacios, el más querido de sus deudos y a quien honrará siempre la predilección de su egregio sobrino. Esto es cuanto puedo decir de aquel tan celebrado acontecimiento. No tengo tiempo para más.

Juegan los niños. Detengámonos un momento ante ese cuadro encantador. María Antonia y Simón, morenos de ojos negros, como los Palacios; Juanica y Juan Vicente, rubios, de ojos azules, como los Bolívar. No es menor el contraste por el temperamento y la fisonomía espiritual. Juanica, dulce y mansa, gota de miel, perla de amor, tesoro de ternura en la paz del nido doméstico; Antonia, fuerte y valerosa, de agudo ingenio y ancho corazón: seguirá paso a paso el curso de la guerra y de la política, y cuando ladre la calumnia contra la gloria de su hermano ella lo confortará con estas palabras magníficas que ha recogido la historia: "La malignidad y envidia ha llegado hasta el exceso de decir que te vas a coronar al Perú, y aunque ellos no lo creen así lo esparcen para sus fines particulares. Siempre les digo a todos que es

TOMA DE LAS FLECHERAS

6 de febrero de 1818

(En el río Apure)

¿No hay aquí un guapo que se atreva a tomar esas flecheras? Si lo hay contesta Páez y organizando dos partidas de 25 hombres las lanza al río. Los llaneros nadando junto a los caballos se dirigen resueltamente hacia los buques.

Vicente Lecuna. Crónica Razonada. (T. II., p. 135).



TOMA DE LAS FLECHERAS

una calumnia, que tú no lo has pensado ni deseado, que tú eres más grande sólo con el título de Simón Bolívar que de Emperador. . . Dejarás burlados a todos los que creen ambicionas cetros y coronas; así lo creo y espero de tu ilustración y grandeza de alma, pues no sólo en la América del Norte se han de dar hombres grandes como Washington". ¿Dónde encontró, señores, esta sublime caraqueña la pluma de Plutarco? . . . Mientras las dos chicleas visten y engalanan sus muñecas, Simón combina y distribuye, estratégicamente, en batalla campal sobre el pretil, su minúsculo ejército de soldados de plomo, regalo del tío Esteban; y Juan Vicente, inclinado sobre la alberca, se divierte en hacer bogar frágiles barquichuelos que bien pronto naufragan, con toda su menuda tripulación de hormigas. También él naufragará un día, mártir de la Patria, en el Caribe azul como sus ojos y profundo como el misterio de su destino!

Pero no siempre son tan silenciosos sus juegos: que los varones se desviven por jinetear con marcial arresto en los bastones, gustan las hembras de saltar la cuerda y azotar la peonza como a un chiquillo rabioso, y cuando todos juntos juegan al *escondite*, la *candelita*, la *gallina ciega* o el *gárgaro*, con terribles gritos y estrepitosas risas y carreras convierten esos patios y corredores en verdadero campo de Agramante. A veces, como el viento les sea propicio, Simón y Juan Vicente, previo el permiso y la bendición de la madre, se llegan a la plaza de San Jacinto, en donde suelen reunirse, bajo la vigilancia de la casa paterna, con todos sus compinches del vecindario. Todos van provistos de vistosas cometas, y es una gloria ver la alegre tropa cuando en combate aéreo, armados de afiladas puntillas, disputándose el dominio del cielo, los policromos papagayos mienten enjambres de banderas.

Simón va a cumplir nueve años: ya no es hombre que teme a la *Sayona* ni al *Tirano*, y aun sería capaz de echar la pierna a la misma *Mula Maniá*. Las lecciones de Don Simón Rodríguez,

el Padre Negrete y los señores Carrasco, Vides y Pelgrón disciplinan su inteligencia cuya educación perfeccionarán después Andrés Bello y el Padre Andújar. Pero los libros no satisfacen a aquel discípulo insaciable que acosa con preguntas a sus maestros. Le gusta, sobre todo, oírles hablar acerca de las cosas de América. El aguilucho, inquieto, aletea al borde del nido. Es el visionario de Casacoima, el profeta del Chimborazo, el soñador de siempre. Una noche, sordo rumor de muchedumbre en lenta marcha, trémula luz de hachas al viento y el son de una música tristísima, llenan toda esa calle. Es que sube la procesión del Nazareno. Simón sale a la puerta, y allí, de pies en el umbral, sombrero en mano, en medio del gentío, mira pasar el lastimoso ícono. Jesús viene penosamente, agobiado por la cruz, el rostro casi negro, agonizante, cubierto de sangre, de sudor y de polvo, bajo la corona de espinas. Viene desde San Pablo, de más lejos aún, del extremo del mundo, del fondo de los tiempos, recogiendo el dolor de todos los pueblos oprimidos y agregándolo a su infinita pesadumbre de justicia y de amor. Según costumbre, va escoltada la santa imagen por una compañía de la guarnición de Caracas. Los soldados casi todos son españoles. Y el soñador se queda profundamente pensativo. . . Acaso en su visión interna compara las espinas de Judea en la frente del Nazareno con las bayonetas de España en las playas de América.

El 6 de julio de 1792 muere la madre. El viejo Palacios se apresura a participarlo a su hijo Esteban, hermano el más querido de la difunta. "Esta mañana a las 11 y media —le escribe— fue servido Dios llevársela". Ahí está, en esa sala, tendida en su ataúd. Toda la casa viste ostentoso luto. Por dondequiera negros cortinajes, alfombras sombrías, fúnebres candelabros, tétrica pompa de la muerte. ¿Qué se han hecho las flores del Avila? Ni siquiera una rosa blanca para esa muerta. Sólo negros crespones, y cirios, cirios, muchos cirios, y rezos, rezos, muchos rezos, en medio al llanto de los huérfanos y al lento y bronco son del

esquilón de San Jacinto. Acerquémonos a la urna todavía abierta. . . alcemos una punta del pañuelo que cubre el rostro. . . ¡Qué pálida! ¡qué tranquila! ¡qué gloriosa! . . . Tenía treinta y cuatro años.

Con su muerte se acaba este hogar: a poco se casan María Antonia y Juana María, muere el abuelo, reclama el tío Esteban desde Europa los niños para encargarse de su educación, pero sólo logra que le envíen el pequeño Simón, su ahijado.

Aquí termina, señores, el asunto de mi discurso: la historia íntima de esta casa mientras fue hogar de los Bolívar: en adelante la vida de Simón es ya asunto de la epopeya.

Dos palabras de epílogo. La última vez que Simón Bolívar estuvo en esta casa fue una tarde del año 27 a su regreso del Perú. Venía lleno de gloria y de tristeza, coronada de lauros la frente y de espinas el corazón. Las cartas que en esos mismos días escribe a Sucre, Urdaneta, Salom, Wilson y otros amigos fieles, destilan la amargura de su alma triste hasta la muerte. Eran entonces dueños de la casa, y en ella habitaban, Don Juan de Madriz y su hija Doña Teresa Madriz Jerez de Aristeguieta y Bolívar, prima del Libertador, quienes obsequiaron a su egregio pariente con un banquete de carácter íntimo en el cual se reunieron todos los miembros de la familia y unos pocos amigos de confianza. Bolívar se presentó sencillamente, en traje civil, de negro, y sin séquito alguno. Cuenta la tradición cómo el señor de Madriz y su ilustre hija dispusieron la fiesta con tan buen cariño y tan delicada gentileza, que el puesto ocupado en la mesa por el Libertador quedaba precisamente en el mismo punto donde él había nacido. Bolívar, al instante, se da cuenta de la fina intención de sus parientes, y aquel hombre acostumbrado a las emociones supremas, aquel hombre que llenaba el mundo con su gloria, se enternece hasta derramar lágrimas. Empuña su copa, se pone en pie, y habla. Es el discurso de su última cena, cuando ya se cernían sobre su frente las sombras del Calvario.

“Hermanos y amigos —dice— ¡Con cuánto gozo me encuentro, como resucitado, en medio de vosotros! ¡Cuántos recuerdos se aglomeran en este instante sobre mi mente! Mi madre, mi buena madre, sale de la tumba y me ofrece sus brazos abiertos. Todos mis tíos, todos mis hermanos, mi abuelo, mi más tierna niñez, mis juegos infantiles, la confirmación y mi padrino con los regalos que me daba cuando era inocente, todo viene en tropel a excitar mis primeras emociones, la efusión de una sensibilidad deliciosa. Todo lo que tengo de humano se remueve en mí: llamo humano lo que está más cerca en la naturaleza, lo que está más cerca de las primitivas impresiones. Me habéis dado la más pura satisfacción con esta fiesta del hogar, en el seno de la familia y de la patria. Gozad, pues, como yo, de este placer verdadero. ¡Ojalá pudiera vivir entre vosotros el resto de los días que la Providencia me ha señalado, para que una mano fraternal cierre mis párpados y lleve mis reliquias a reunir las con las de mis padres y hermanos que reposan en este suelo que nos vió nacer. Acaso algunos de vosotros habéis sentido el sueño de Epiménides: habéis vuelto de entre los muertos a ver los estragos del tiempo inexorable de la cruel guerra de los hombres feroces: os encontráis en Caracas como duendes que vienen de la otra vida y observáis que nada es de lo que fue. Dejasteis una dilatada y hermosa familia: ella ha sido segada por una hoz sanguinaria: dejasteis una patria naciente que desenvolvía los primeros gérmenes de la creación y los primeros elementos de la sociedad: y lo encontráis todo en escombros: todo en memorias. Los vivientes han desaparecido: las obras de los hombres, las casas de Dios, y hasta los campos han sentido el estrago formidable del estremecimiento de la naturaleza. ¿Dónde están nuestros padres, dónde nuestros hermanos, dónde nuestros parientes? Los más felices fueron sepultados dentro del asilo de sus mansiones domésticas: y los más desgraciados han cubierto los campos de Venezuela con sus huesos, después de haberlos regado con su sangre, por el solo

defecto de haber amado la justicia! Los campos regados por el sudor de trescientos años han sido agotados por una fatal combinación de los meteoros y de los crímenes. ¿Dónde está Caracas? . . . Caracas ya no existe: pero sus cenizas, sus monumentos, la tierra que la tuvo, ha quedado resplandeciente de libertad, y está cubierta de la gloria del martirio. Este consuelo repara todas las pérdidas! a lo menos éste es el mío y yo deseo que sea el vuestro. Habéis sufrido mucho pero os queda la gloria de haber sufrido mucho por haber sido siempre fieles a vuestro deber. Nuestra familia se ha mostrado digna de pertenecernos y su sangre se ha vengado por uno de sus miembros. Yo he tenido esa fortuna. Yo he recogido el fruto de todos los servicios de mis compatriotas, parientes y amigos. Yo los he representado a presencia de los hombres: yo los representaré a presencia de la posteridad”.

El orador evoca de nuevo el recuerdo de su adorada madre, pero le ahoga la emoción, y el improvisado discurso termina en explosión de llanto. Ah! el Presidente de la Gran Colombia, el Libertador de América, sólo era un triste huérfano sollozando sobre las ruinas del hogar deshecho!

Ya era de noche cuando arrancándose a los brazos de sus parientes, y lanzando una última mirada de adiós a estos sitios donde corrió su infancia, solo, como había venido, Bolívar salió por esa puerta. . . para no volver más! . . . Lo esperaba la traición, el puñal de septiembre, la anarquía, el destierro, la tumba!

Esa noche, en el corto trayecto que hay de San Jacinto a Las Gradillas, vieron los transeúntes un hombre de rostro pálido y ojos ardientes, vestido de negro, que iba de prisa, hablando a solas, como sonámbulo. Los que lograban reconocerle a favor de algún claro de luna cortado por la sombra de los amplios aleros, deteníanse, al punto, sorprendidos, y ya sin tiempo para el saludo, se decían en voz baja, con profundo respeto: es el Libertador.

El Gobierno se complace en ofrecer hoy, 5 de Julio, a la veneración de los pueblos esta casa, cuyos sagrados muros son

como páginas de “Venezuela Heroica”, donde al margen de la epopeya pone sus maravillas el glorioso pincel de Tito Salas.

Reconstruido el templo, repuesto el ara, ¿dónde está el sacerdote? ¿A quién confiar las llaves diamantinas del santuario? ¿Quién mantendrá el fuego sagrado en este pritáneo de la gloria? No necesito nombrar a Vicente Lecuna. Cuarenta años de amistad íntima desde los bancos de la escuela, cuarenta años de acrisolado amor fraterno, amordazan mi lengua para el elogio de este gran boliviano.

Voy a concluir, señores. Del seno de la bandera española, inflada por el soplo del heroísmo, como del vientre grávido de Rebeca, nacieron a la guerra de la Conquista dos seres antagónicos: Lope de Aguirre y Martín Tinajero, vale decir, el buitre y la paloma, el tigre y el cordero. Ambos, soldados: vasco el uno y andaluz el otro: el primero un demonio y el segundo un santo. Conocéis la historia de Aguirre, el Tirano de la leyenda: es un río de sangre, una tromba de crímenes. Tinajero, al contrario, es el *soldado beato*, como le ha llamado Díaz Rodríguez. Los primeros cronistas de Venezuela nos dicen el portento de su vida y el milagro de su muerte. Supo ser bueno y santo en medio a la bárbara turba de sus conmlitones, crueles y lujuriosos. Buscó El Dorado hacia adentro, en su corazón, donde ha dicho Jesús que se encuentra el reino de Dios; y puso más confianza en la cuenta de su rosario que en la bala de su arcabuz. Muerto en olor de santidad, fue enterrado en la sierra de Coro, en un rincón de la montaña. Y cuentan que muchos días después se halló su cuerpo desenterrado por las aguas, destilando bálsamos y mieles, entre flores y mariposas, y esparciendo suavísima fragancia, “con tanto ímpetu —dice Fray Pedro de Aguado— que por más de cincuenta pasos a la redonda ocupaba todo el campo”.

Pues bien, señores: yo veo en esto un misterioso símbolo del destino de Venezuela. España nos dio con su sangre cuanto de malo y bueno había en su espíritu: la crueldad y el valor, la su-

perstición y la fe, el orgullo y la hidalguía, el odio y el amor. Aguirre y Tinajero son como dos semillas, de maldición y bendición, arrojadas en nuestro suelo. Los huesos del Tirano, polvo de Caín, la simiente maldita, después de una oscura germinación de tres siglos y del riego de sangre de nuestra Independencia, nos dio a raíz de Carabobo, y nos estuvo dando hasta ayer no más, horrorosa cosecha de guerras fratricidas. En cambio, las cenizas de Tinajero, la semilla del bien, más tardía, pero más fecunda, es ahora cuando empieza a dar frutos en abundancia. Y mientras se aleja de nosotros hasta perderse entre las sombras del pasado, la rástrera llama espantosa que con sus lívidos fulgores aterró tantas veces las vigiliass de nuestra infancia, surge del opuesto horizonte, como el alma del santo andaluz, el bendito lucero de la paz, la estrella matutina de la futura Venezuela.

¡Que brille para siempre esa estrella sobre esta casa como la lámpara votiva de la Patria sobre la cuna de su Libertador!

NOTA — Este discurso fue tomado del N^o 3 de la *Revista de la Sociedad Bolivariana*, Caracas, 17 de diciembre de 1939.

EL ARCHIVO DEL LIBERTADOR

VALOR DEL ARCHIVO

La prenda más preciosa existente en la Casa Natal del Libertador es su archivo, al cual se han agregado otros del mismo orden, de diferentes personajes, relacionados todos con Bolívar.

Los 206 tomos empastados de que se compone, ocupan tres escaparates especialmente destinados a este objeto, en los llamados *cuartos de enfrente* de la Casa.

En este valioso acervo histórico se conservan las cartas y papeles personales del Libertador, sus decretos y proclamas, los copiadore de órdenes de su Secretaría General y del Estado Mayor, numerosos escritos de próceres venezolanos y de todo Hispanoamérica, muchas cartas de extranjer os notables dirigidas a Bolívar, y multitud de documentos relacionados con la figura central de nuestra nacionalidad.

Gracias al volumen y a la riqueza del archivo, que es desde hace tiempo la admiración de propios y extraños, Caracas, cuna de Bolívar, se ha convertido en el centro más interesante donde se puede estudiar la figura del Libertador, para rendir el debido homenaje a sus glorias y para el más acendrado respeto a su memoria.

SU HISTORIA

Desde los días de la Campaña Admirable —vale decir, casi desde los comienzos de su fecunda vida pública— Bolívar se preocupó por organizar su Secretaría y su Archivo, que le siguieron constantemente en el curso de la guerra. Este orden y método en el trabajo, excepcional entre los caudillos de nuestras guerras de independencia, revelan una cultura y un sentido práctico ajenos al medio en que se desenvolvían los sucesos. No se limitó el Libertador a conservar en su Archivo las cartas y comunicaciones

que recibía: por orden suya, en la Secretaría y en el Estado Mayor llevábanse sendos cuadernos, en los cuales se copiaban los oficios, comunicaciones y disposiciones que dictaba el propio Bolívar, dirigidos a los generales, jefes subalternos, agentes diplomáticos, autoridades, etc.

Bolívar conservaba su archivo cuidadosamente, pero por desgracia la dificultad de las marchas y las vicisitudes de la guerra hicieron que parte del mismo se extraviara, perdiéndose así para la posteridad. Algunos copiadore s y documentos cayeron en manos de los españoles, como sucedió con los correspondientes a 1814, de los cuales sólo se salvó un fragmento de copiadore de oficios encontrado por nosotros en el Archivo Nacional, Sección de los Capitanes Generales durante la guerra. También cayeron copiadore s en manos de los realistas después de la acción de Clarines en 1817, y años más tarde en Pasto, en una emboscada. En el Perú el eminente historiador Paz Soldán reproduce en su obra *Historia del Perú Independiente*, el famoso oficio de Bolívar para Sucre, firmado por el Secretario Tomás de Heres el 9 de noviembre de 1824, monumento de Arte Militar expresado con la belleza de estilo propia de una comprensión completa del arte de la guerra y de la apreciación exacta de la situación en que se hallaban ambos contendientes en esa campaña. Este maravilloso oficio no figura en el archivo del Libertador, por haberse perdido el mañojo correspondiente a ese período de la guerra. Sin embargo, a pesar de esas inevitables pérdidas y destrucciones, en 1830 el archivo era aún muy rico en documentos.

En los últimos meses de su vida, cuando pensó retirarse a Europa, Bolívar depositó su archivo en la casa de comercio de Pavageau en Cartagena, donde tenía sus fondos para el viaje; y en su testamento, en la cláusula 9ª, dispuso: "Ordeno: que los papeles que se hallan en poder del señor Pavageau se quemem". Ocupaban 10 baúles con todo lo salvado de su archivo. Por fortuna, el albacea Juan de Francisco Martín, lejos de cumplir la

orden recogió los baúles y se los llevó a Jamaica, cuando fue expulsado por sus enemigos políticos. Allí dividieron el archivo en tres porciones: Los documentos de 1813 a 1818 inclusive se enviaron a Briceño Méndez, ausente en Curazao, con el objeto de que escribiera la historia de la guerra durante aquel período. La segunda parte, muy numerosa, de documentos de 1819 a 1830, la tomó O'Leary para escribir la historia de esos años. El resto de la primera parte y mucho de la segunda, todos documentos oficiales y correspondencia particular de funcionarios de los diversos países, los conservó Juan de Francisco Martín.

La sección de Briceño Méndez pasó años después a manos del señor Ramón Azpurúa, quien publicó parte de los originales correspondientes en la obra *Documentos para la Historia de la Vida Pública del Libertador de Colombia, Perú y Bolivia*, de donde los tomó más tarde el señor Simón B. O'Leary, para completar la colección de los publicados con las *Memorias* de su padre. Los originales de esta sección, vendidos por los herederos del señor Azpurúa al señor Arensbourg, honorable funcionario del Ferrocarril de Caracas a Valencia, para la firma de Karl W. Hiersemann, de Leipzig, se salvaron para el país por influencia del Ministro César Zumeta y gestiones nuestras. El tomo XIII de los documentos de las *Memorias* de O'Leary lo recuperó el Gobierno de manos del señor Sgobel, yerno del Dr. Viso. Este lo había llevado a su casa mucho tiempo antes con el objeto de hacer un estudio. La venta la efectuó el señor Sgobel por gestiones nuestras cuando supimos dónde se hallaba el volumen.

La parte que conservó Daniel Florencio O'Leary, considerablemente aumentada por éste con documentos que recogió durante las campañas y con los que solicitó de sus amigos y compañeros de armas, fue traída a Caracas después de la muerte del prócer irlandés por su hijo Simón B. O'Leary. Al Presidente Guzmán Blanco se le deben las publicaciones de las obras de Blanco y Azpurúa y O'Leary. Para la de este último adquirió

del señor Simón B. O'Leary la parte del archivo del Libertador conservada por su padre y le encomendó la publicación, la cual fue efectuada con acierto y habilidad. Como es sabido, las llamadas *Memorias del General O'Leary* comprenden sólo dos tomos de *Narración*, o *Memorias* propiamente dichas, un tomo *Apéndice*, y los 29 volúmenes restantes contienen documentos del archivo de Bolívar.

Las dos secciones precedentes pasaron a la Academia Nacional de la Historia, donde fueron reunidas en una sola en 1915. El Ministro de Instrucción Pública, Dr. Guevara Rojas, nos confió la preservación y organización del Archivo, labor que emprendimos en la Escuela de Artes y Oficios para Hombres. Allí se conservaron estos documentos algunos años, hasta que se trasladaron a la Casa Natal.

Quedaba por adquirir la parte que había conservado el señor Juan de Francisco Martín, rico caballero de Cartagena, amigo de Bolívar y uno de sus albaceas, quien se llevó esos documentos a París, donde desempeñó durante muchos años el puesto de Embajador o Ministro Ad-honorem de la República de la Nueva Granada. En dicha ciudad, andando los años, su hija la señora Bolivia de Francisco casó con un funcionario de la Embajada de España de apellido Quiñones de León, y esta sección del archivo fue conservada por su hijo, el célebre Embajador de este nombre durante el reinado de Alfonso XIII. Nuestras primeras gestiones sobre estos papeles no dieron resultado, pero a la larga tuvimos la fortuna de que el ilustrado y hábil señor Simón Barceló, Ministro de Venezuela en París, lograra, mediante una importante suma, que el Embajador Quiñones de León cediera los papeles a nuestra patria. De esta manera se reunió otra vez el Archivo del Libertador, y cuidadosamente se conserva en su Casa Natal.

SUMARIO

	PAG.
Presentación	3
Historia de la Casa	5
Discurso del Padre Borges	16
Cuadros de Tito Salas:	
La Apoteosis: en la portada	
La Confirmación	19
El Matrimonio	21
El Terremoto	23
Batalla de Araure	25
Emigración a Oriente	27
Abordaje al Bergantín Intrépido	29
Toma de las Flechecras	31
El Archivo del Libertador	36

Este libro se terminó de imprimir en los Talleres de la Imprenta Nacional en el mes de setiembre de 1979 con autorización del Banco de Venezuela.

